

El toque de diana lo despertó de su sueño inquieto y mal sano; sentía horrible pesadez en su cerebro y su cuerpo todo adolorido en tanto que la garganta la abrasaba una sed angustiosa. Al incorporarse, aquella sensación insostenible se acentuó notablemente; pero el corneta que ya tocaba lista le hizo comprender que era preciso ir á pasarla como todos al frente de su compañía.

Había dormido sobre su capote, en suelo frío y duro al pié de un árbol, cuyas raíces salientes le habían maltratado mucho; apenas pudo estirar las piernas, hizo á un lado el cobertor y como estaba vestido, se puso violentamente el capote y el kepí, y corrió á colocarse al frente de su compañía, en el momento en que el sargento primero daba parte á los oficiales, de las novedades ocurridas.

—¿Y el subteniente Miguel Mercado no puede venir todavía?—preguntó el capitán impaciente y colérico á un teniente.

—Presente mi capitán, contestó Miguel acercándose.

—Sí, á buena hora llega vd., amigo, ya que se pasó lista!

Quedó aterrado y viendo á todos sus compañeros muy cumplidos levantarse, se asombró que fuesen los que en la noche hubiera visto en el desenfreno de la orgía, porque ya iba recordando todo lo que había pasado.

Después de la lista desfiló su compañía al rancho, ante

el caldero de café humeante. Los oficiales al lado del capitán observaban el reparto.

Mercado se puso sus guantes de lana, se caló la capucha y aterido con el frío de la madrugada, reflexionó, en pié apoyado en su carabina.

Se acordó de Julia, desconfiada, abriendo la puerta semi-desnuda; luego ella suplicante, èl brutal y . . . ¡oh men! guado! . . . miserable, recordaba aquella posesión por la fuerza, la pobre con lágrimas en los ojos cediendo á su infortunio de mujer! Le había dicho que saldrían á las cinco de la mañana para Tomochic y con ese motivo con voz débil para no despertar á la vieja Mariana, le había contado su historia, la abyección y embrutecimiento de su padre proclamado santo por un cabecilla audaz y ambicioso, fanatizando un pueblo ignorante pero altanero y noble que desafiaba obstinado á las fuerzas federales.

Cuando se dieron el último abrazo y el último beso, el más dulce y el más amargo, se citaron para el pueblo fuera cual fuese el resultado de la campaña. Ah! y aquella escena extraña de amor en la oscuridad de la guarida del oso, la posesión de su hembra en el mismo lecho del monstruo, volvía á surgir en su cerebro, con detalles precisos, en tanto que presenciaba el reparto del café á la tropa que desfilaba lentamente ante los calderos.

¿Sería cierto? aquel hombre terrible habría podido emprender la marcha tan temprano después de aquella noche báquica?

Fue lo que quiso saber, y cuando se dió permiso á los oficiales francos para retirarse, se lanzó á la casucha que encontró cerrada.

De los animales que había en el corralito que quedaba

á un lado, solo encontró una burra vieja y flaca, con la cabeza gacha, inmóvil y meditabunda.

Volvió al campamento, triste y aniquilado por el horrible malestar que sucede á las noches de ciápula. Trató de tomar algún alimento y no pudo. Sintió náuseas atroces y desfallecido fué á sentarse en un extremo solitario de la alameda, evocando obstinadamente la noche anterior, estremeciéndose cada vez que pensaba en Julia, primera mujer casta que poseía.

Gran movimiento reinaba, las mujeres de prisa iban y venían cargadas de tortillas, pan, queso, carne y chorizos, y otras las que no se atrevían á seguir la marcha hácia el enemigo, se retiraban tristes y llorosas con la incertidumbre de la suerte de sus hombres.

La marcha debía emprenderse á las tres de la tarde. A las doce y media se dió el primer toque.

Los soldados uniformados de paño azul, hicieron sus maletas en tanto que también los oficiales sugetaban á los kepís los paños de sol ó empacaban sus provisiones de boca, sabiendo que en todo el trayecto de la Sierra no hallarían ningun alimento.

Algunos soldados del 5º Regimiento llevaron los flacos y mustios caballos de los oficiales, los que empezaron á colocar sus maletas y carabinas, fajandose las cananas que contenían 100 cartuchos cada una.

Por fin á las tres de la tarde, con un magnífico sol, desfilaron las compañías; atravesaron el río con los pantalones arremangados, y en la ribera opuesta *haciendo por el flanco izquierdo, alto*, esperaron el resto de la fuerza que se les incorporó á poco, fraccionándose todo, en tres columnas.

La primera, compuesta de la segunda compañía del 9º y una sección de SEGURIDAD PUBLICA DEL ESTADO, la segunda, de la cuarta de ese batallón y una sección del 11º, y la tercera de 20 ginetes del 5º Regimiento y de los auxiliares reclutados accidentalmente en los pueblos de la comarca, con trajes de paisano, debiendo llevar como distintivo una ancha cinta roja.

Entre la primera y segunda columna marchaba la pieza sobre dos mulas. En suma 500 hombres.

El general José María Rangel seguido de su Estado Mayor y de algunos amigos de confianza de ese jefe, pasó á caballo ante la fuerza que le hizo los honores de ordenanza.

Después hubo que esperar que viniese el general en jefe Rosendo Marquez quien ordenó inmediatamente se rompiese la marcha por el orden de las columnas.

Y principió la ascensión lenta hácia el Oeste, trepando las primeras lomas de la sierra, dejando en el fondo á Guerrero cuyas casas blanqueaban á la orilla del río que serpenteaba incendiado por los últimos rayos del sol.

Era aquella, en verdad, una tarde espléndida, empapada en luz; al Este el río reverberaba y al Oeste el camino subía entre terreno rojizo cubierto de especisimas malezas.

Una nube de polvo circuía á la columna á cuyo frente empezaron á alzarse los inmensos bosques de la Sierra Madre.

Miguel se puso en pié sobre los estribos de su montura y miró hácia atrás. Aun se veía la casa de Julia.

Luego todo desapareció tras las primeras asperezas del monte que empezó á mostiar sus grandezas graníticas ves-

tidas con la regia magestad de la selva.

Quedó absorto ante la belleza de paisajes grandiosos nunca vistos por él y muchas veces tuvo que ser reprendido por adelantarse á su puesto abandonando la brida al caballo que subía tropezando por el sendero áspero y pedregoso.

El viento fresco de la tarde le reanimó y ya sereno se entregó á la voluptuosidad de una marcha lenta, al borde de los precipicios por donde trabajosamente y en cierto natural desórden pasaba la columna.

La enorme masa de las rocas inclinadas sobre profundos abismos y cubiertas de gigantescos pinos al borde de las estrechas veredas por las que se avanzaba, inspiraban una admiración terrorífica.

Se acampó en el punto llamado "La Generala" á solo tres leguas de Guerrero en un terreno apropiado para la instalación de la fuerza.

Esa noche aún hubo alguna animación; se encendieron las fogatas cuyas rojas llamaradas iluminaron á trechos las tinieblas, y haciendo proyectar á los enormes pinos sombras extrañas, dieron un aspecto muy pintoresco al campamento.

El 18 de Octubre la marcha tuvo que principiar muy entrado el día, á causa de un incidente curioso. La caballería del 5º Regimiento, relativamente cercana á sus cuartas en Guerrero, burlando la vigilancia de la tropa, en tropel y á galope la emprendió por el camino recorrido en el día, hasta llegar á inmediaciones del pueblo de donde la hicieron volver.

Ese fué un día alegre para el espíritu regularmente triste del joven oficial y era que encontraba verdadera

frucción en aquella naturaleza ruda y vigorosa de la Sierra.

Se abandonó á una meditación dulce y tranquila que le quitó los temores del porvenir en el que tuvo confianza.

¿Por qué había de morir tan joven, cuando aún podía hacer mucho y ser útil y luchar por la existencia y experimentar los goces supremos del triunfo?

Saludable reacción se verificaba en él. Tenía el presentimiento de asistir á un drama terrible que templaría su ser con sus escenas conmovedoras que no olvidaría jamás, y cuyo recuerdo le fortalecería en las horas críticas de la vida.

El prodigioso espectáculo de la Sierra Madre se desarrollaba lentamente; á veces era la subida penosísima por agrias cuestas, dejando á los flancos negros abismos que causaban vértigo; á veces el descenso atrevido por pendientes cortadas casi á pico ó sinò, la marcha en una fila; soldado tras soldado; por desfiladeros estrechísimos; largos cañones en el fondo de dos formidables paredes.

Miguel, aterrado se preguntaba ¿porque no los aniquilaba el enemigo en aquellos lugares donde diez hombres podrían destrozarse una división?

En efecto, el enemigo que iban á combatir, conocedor perfecto de aquellas montañas, ¿porque no los sorprendía cuando diseminados hasta en un espacio de una legua se arrastraban en el fondo de los barrancos en un terreno guijarroso y abrupto?

No se necesitaba mucha audacia para eso. Pero se sabía de fijo que los valientes de Tomóchic, esperaban en su propia casa la agresión, repugnándoles salir de su sagrada tierra donde tenían la conciencia de ser invencibles.

Por lo tanto muy pocas precauciones se tomaban.

A veces los nacionales eran destacados á los flancos por donde trepaban con facilidad, para explorar el terreno; pero era evidente que en caso de ataque solo habrían sido los fatídicos anunciadores de la catástrofe.

A la una de la tarde se hizo alto en "Peña Agnjerada" donde, matada una res, se repartió carne y harina por todo alimento del día á la tropa.

A las cuatro la columna prosiguió la jornada que no se pudo rendir, sino hasta las 11 de la noche, atravesando varias veces el río.

Aquella caminata nocturna tan atrevida, en las tinieblas produjo terrible impresión en el ánimo de Miguel.

Había que marchar casi á tientas entre los pinos y las rocas agigantadas por la sombra.

Los soldados, agobiados de fatiga, con la mochila y municiones, destrozados los pies por la viva roca por la que caminaban, seguían silenciosamente en las tinieblas pavorosas, tropezando y cayendo.

El fondo de los precipicios tomaba en la sombra, proporciones ingentes, cuando se escuchaba el medroso rumor del agua de los rios ó arroyos.

Los caballos del 5º Regimiento y de los oficiales avanzaban con los ojos fosforescentes, espantados, marchando, abandonados á su propio instinto, resistiéndose á pasar el río, resoplando ruidosamente y produciendo bajo sus cascos una explosión de chispas.

Llegaron á Rio Verde, donde se instaló con grandes precauciones el campamento.

Se había recorrido más de la mitad del camino y se dictaron más serias providencias, estableciéndose algunas a-

vanzadas en donde fué nombrado de guardia Miguel, por lo que le fué imposible dormir.

Sobresaltado estuvo paseando toda la noche, carabina en mano, recorriendo los puestos, temiendo una sorpresa y abriendo los ojos, espantado ante la negrura de la noche.

Al día siguiente, todos los paisanos ó militares no uniformados, ataron, por orden del General, grandes cintas rojas á sus sombreros, para no ser confundidos en el combate.

A los oficiales se les obligó á quitar las espiguillas è insignias de sus uniformes.

Se trataba de esta manera de evitar ser los principales blancos del enemigo que como ya sabían, cazaba inexorablemente á los oficiales y jefes distinguiéndolos perfectamente entre la tropa.

La jornada del 19 fué muy corta, de "Rio Verde" á "Las Juntas," tres horas de marcha, á dos leguas solamente de Tomóchic, frente al enemigo.

Esa jornada, muy breve en verdad, pero pesadisima por ser toda una gran ascención en caminata y por no encontrarse agua en todo el trayecto y no haber los alimentos suficientes, fatigó demasiado á la fuerza, la víspera del ataque.



En la tarde de ese día, hubo en el campamento, situado en una alta meseta desde cuyos bordes podría dominarse fácilmente todo el rededor, una gran calma sorda que encubría la exaltación de los ánimos, á la expectativa de la batalla.

Se hablaba quedo y se conversaba poco. Los rostros pálidos por la fatiga y el escaso alimento miraban con ojos inquietos el horizonte limitado por las rocas y los pinos.

El General Rangel, en persona, que era el primer jefe [pues Márquez había regresado á Guerrero antes de llegar á la General.] ordenó y vigiló el servicio de avanzada.

A las ocho de la noche, se apagaron las fogatas y reinó el más profundo silencio. Solamente allá á lo lejos una gran luminaria lanzaba fantásticamente, resplandores rojizos; de allí partía un incesante murmullo. Era el Cuartel General.

—Se conoce que cenan y que aún beben algo,—decía Castorena, sentado á la tarco, con su carabina á un lado, á otros oficiales tendidos sobre la yerba.

—Pero tú ya cenaste, lo que te preocupa es beber, borrachón, contestó el teniente Torrea que procuraba colocar cómodamente su cabeza en una almohada de piedra.

—A mí, sí; de veras me preocupa beber; algo diera por un trago de agua,—dijo Miguel, al cual la carne asada,

único alimento que probaba hacía dos días, le producía una sed insaciable y más cuando había escaseado tanto ese día el agua.

—Yo diera un poco más por un trago de sotol, hasta un verso—agregó Castorena.

—Hombre! . . . á ver si ahora puede hacer versos el poeta!—dijo Torrea ya acostado.

—Mañana los haremos todos cuando nos chamusquen los *tomoches*.

Un silencio helado siguió á esta conversaci3n que en un ángulo del campamento tenían los oficiales francos, después de una frugal cena de carne asada.

—Charlaban lentamente esperando la hora del *rondin*.

—Bueno . . . y ¿por fin cómo entraremos?—preguntó Miguel—¿cuál es el plan? ¿Vendrá el Coronel Torres ó es una *papa* nada más?

—Creo, explicó el capitán Servin, que la primera columna bajará por el Cord3n mientras nosotros entramos por el camino real y el coronel Torres ataca por el otro lado. El Hoskiss va á hacer primero pedazos la iglesia, y ahora verán como salen las mujeres azoradas y se vuelven *bola* y . . . sí . . . cuesti3n cuando menos . . . cuando menos, de un par de horas . . . Ya los veremos . . . ¡los veremos!

—Al fin . . . siquiera que comamos gallina al medio día.

—Oh! quién sabe; . . . quién sabe, muchachos . . . no sea que . . .

—Pero . . . y qué! mi capitán; si nos matan, siquiera comer bien antes.

En aquel momento, entre la sombra avanzó envuelto en su capote el capitán 1º de la segunda compa±ía, quien con voz firme y serena, les saludó dándoles las buenas noches;

charló animándolos con su conversaciòn y les recordó que eran oficiales salidos del Colegio Militar, que tenían que demostrar que tan bien sabían estudiar como batirse.

—Hasta mañana, señores....mucho cuidado....voy á dar una vuelta....¡muy Lien hehecitos esos rondines! jeh!....

Se alejó con sus pasos medidos, alta como siempre su pequeña cabeza.

Era el capitán Eduardo Molina. Todos en el fondo lo querían por su buen corazón, siempre dispuesto á salvar de cualquier apuro á sus oficiales; pero era muy severo y por esto solían sus inferiores motejarlo; y como cuando daba la acamedia á estos, se complacía en explicar toda clase de combates á fuego ó bayoneta, le llamaban NAPOLEONCITO, porque como el Grande, era bajo de cuerpo y amaba la guerra.

—Ya veremos mañana *de que cuero salen más correas*,—dijo el poetastro,—y como nadie le contestò, fastidiado y sin sueño, se puso de pié, con el firme propósito de ver si *echaba la sierra* á algun oficial del Estado Mayor.

A las cuatro de la madrugada del día 20 de Octubre el campamento fué conmovido por el toque de *levante* que el clarín de ordenes del General hizo repetir, uno tras otro á los cornetas de los jefes de las tres columnas.

En la Sierra, á esas horas y en esa época del año, la obscuridad es profunda.

La fuerza se levantó silenciosamente; los sargentos primeros de las compañías no pasaron lista, sino contaron simplemente las *hileras*; los puestos avanzados se incorporaron á su fuerza.

Llevaban los soldados puestos sus capotes y sobre ellos

cruzadas las cananas y la bolsa de combate.

Media hora estuvieron todos en pié, impacientes esperando la hora de marcha; media hora y sin que el alba asomase tras las agudas copas de los pinos que limitaban la meseta del campamento.

El general recorrió varias veces las columnas; hasta que al fin los *nacionales* se desprendieron entre las sombras para formar los exploradores de la vanguardia.

Un oficial del Estado Mayor previno á los jefes que se iba á principiar la marcha; los oficiales montaron en sus caballos y ocuparon sus puestos; hubo un murmullo de voces y choque de cascos contra las piedras..... de repente se empezó á marchar á través de la sombra espesa, bajo un cielo negro constelado con esas brillantísimas estrellas.

Al principio fué penosísimo, casi pavoroso el descenso..... ¡la tropa creía encontrar en lo bajo de la plataforma por la que descendía, al pueblo de Tomochic y creía batirse allí en plenas tinieblas!..... Bajaban lentamente hacía un valle que no parecía tener fondo..... bajaban tropezando..... y se oía el ruido metálico de los cañones de los fusiles chocando con las ánforas..... los caballos de los oficiales resoplaban y sus cascos hacían saltar chispas contra la roca dura.

Al fin llegaron á una parte plana por la cual siguieron oblicuando ligeramente á la izquierda; atravesaron un arroyo casi seco y cuando la columna remontaba otro cerro, blanqueóse el cielo y palidieron las estrellas y al encontrarse después de hora y media en la nueva cima..... la aurora esplendía anaranjada y roja tras los picachos de los cerros que á su espalda dejaban.

Entonces los oficiales echaron pié á tierra, dejando los caballos á soldados de Seguridad Pública.

¿A qué horas llegaban? ¿Dónde estaba Tomochic? Después de descender iba á principiar el ascenso á otro cerro..... mas repentinamente la columna se detuvo... después hubo una evolución que equivalía á contra-marchar y la fuerza se dirigió sobre su flanco derecho; mas como por allí las rocas se alzaban cortadas á pico, se hizo más á la derecha y se remontó el mismo cerro por el cual habían descendido!

—¡Con un caramba!—gritó Castorena—¿estamos jugando?

—No, mi capitán, *habrán* equivocado el camino.

Y se continuó la marcha; el sol empezó á calentar y el cansancio hizo cojear á algunos soldados á causa de que el terreno se hacía asperísimo y se marchaba en la viva roca.

—¡Entren! ¡Entren! gritaban como siempre los oficiales, aun cuando ya ellos iban jadeantes. Mercado que iba en la primera columna, cerca de una sección del 11°, sentía una fatiga atroz. De repente vió correr en diferentes direcciones á los *nacionales*..... la vanguardia se replegó á la columna.....

En aquel momento se escuchó lejano, muy lejano, á través de las montañas, el toque de *atención, parte y rancho*—la contraseña de la columna del coronel Torres que venía por el camino de Pinos Altos y que debía estar frente á Tomochic al par que la fuerza del General Rangel.

A toda carrera siguió luego la columna hasta llegar

á un claro en el monte..... se escuchó un rumor lejano, algo como un desgranamiento traqueteante.

—¡El Coronel Torres se está batiendo ya,..... muchachos, *nos quedamos sin tajada!*—gritó un oficial.

A cada momento el tiroteo se acentuaba más y más..... algunos soldados se aproximaron al borde de unas rocas entre las que había pinos y arbustos pequeños.

En las lejanías del horizonte se veía el extremo de un valle, vasto como un colosal anfiteatro.

—¡Allí está, allí está!—murmuraron señalando con el dedo un punto lejano algunos soldados.

Se acercaron otros al borde de la cuesta; pero los oficiales los obligaron á volver á sus puestos.

Los artilleros llegaron á aquel lugar y mientras descargaban de las mulas el cañón, el teniente Méndez bajó por una pendiente abrupta con el objeto de dominar el valle y con su carabina hizo fuego sobre él para calcular la distancia.

Todos siguieron aquella operación con mucho interés.

Ajustado el cañón sobre su montaje el oficial de artilleros apuntó minuciosamente é hizo fuego. Sonó una gran detonación y el proyectil partió silbando en el espacio describiendo una gran parábola. Segundos después se oyó la explosión de la granada.

Una gritería de entusiasmo acogió en las filas al primer cañonazo asestado á Tomochic.

—¡Viva México, viva el general Díaz!—gritaron algunos, creyendo que aquel cañón era el triunfo de ellos y la derrota del pueblo.